



EMILIO LAMO DE ESPINOSA  
Fundación de la Innovación  
Bankinter

## INNOVACIÓN COMO NUEVA RUTINA

**A** comienzos del siglo pasado, un observador de la realidad, el sociólogo americano Thorstein Veblen, publicaba el primer estudio sociológico de la ciencia, el lugar de la ciencia en la civilización moderna. Y señalaba: la ciencia da su carácter a la cultura moderna. Sus palabras han resultado proféticas, de modo que la ciencia no sólo permea la cultura moderna sino que es el motor más fuerte del cambio social, el «Deus ex machina» de las sociedades modernas.

Un proceso cuyo punto inicial podríamos datar con la fundación por Humboldt en 1809 de la primera universidad investigadora, la Universidad de Berlín, con la que aparece una figura nueva, heraldo del futuro, la del trabajador asalariado a quien se remunera para que investigue. Continúa con el desarrollo del sistema universitario alemán en el XIX, modelo para todos los demás. Sigue con las primeras joint ventures entre departamentos universitarios y empresas en la Alemania Guillermina, dando lugar a la primera industria química, farmacéutica o eléctrica, un precedente de Silicon Valley.

Se traslada a las universidades americanas, pautadas según el modelo de las germanas. Y estalla durante la Guerra Fría al generarse lo que el presidente Eisenhower llamó el complejo militar-industrial: la alianza de los intereses militares y el Pentágono, las grandes empresas de armamentos y tecnología, y las universidades y sus laboratorios, en la producción de ciencia y tecnología en gran escala.

Hasta Arpanet, el origen de internet, es un derivado de ese complejo militar-industrial-universitario. Un proceso que significó el paso desde la ciencia artesanal elaborada por pioneros o catedráticos con escasos recursos (Pasteur, Madame Curie...), a la gran ciencia moderna. Ahora hablamos de sumas millonarias que movilizan miles de científicos y técnicos; pero también gestores y administradores, como en una gran «fábrica de conocimientos».